

Malón de Chaide

MALÓN DE CHAIDE († 1589) es clásico en un siglo de clásicos, y para serlo le ha bastado escribir "La conversión de la Magdalena". Tan alta aparece

aquí su prosa bizarra y popular, tan gallardo su casticismo de lenguaje, imágenes y recursos, que a veces no se ha querido reconocer la vena de una auténtica

unción religiosa. Parecía que el Renacimiento, en Malón, se constreñía a una de sus corrientes, al puro culto de la forma. Hoy resulta claro que tal interpretación es superficial, defectuosa, astigmatismo crítico. Como agustino español, Chaide muestra su peculiar renacimiento, impregnado de un humanismo trascendental, entrañable. En Malón la belleza exterior refleja una hondura evangélica, su vibración literaria es un trasunto de su sentir, de sus ideales.

Siempre será cierto que el influ-



NUEVO Y VIEJO

jo en él de fray Luis de León —y la atmósfera espléndida de su tiempo—, hicieron de Malón un enamorado servidor de la lengua romance; pero en medio del embeleso aflora su vocación y su oficio de escriuario, teólogo y predicador, llevándose como de la mano a volcar la galanura del castellano decir en el tema cristiano. Tenemos así un estilo profundamente oratorio, como esencialmente oratorio era el temperamento apostólico de su autor.

“La conversión de la Magdalena” tiene a ratos cierto sabor oriental, por el ingenio sutil, la extraña elegancia, el patetismo desbordado o arrebatador. Esta originalidad, pretendida, no es extraño que en ocasiones peque de forzada. Por eso se hallan también en Chaide, como tributos de la afluencia de sus afectos, algunas difusiones, pormenores pueriles y hasta rasgos de mal gusto. Tales defectos son comprensibles por la exposición abundante de innumerables temas, cuya tensión espiritual, lo mismo que su interés intrínseco, no podía sostenerse a lo largo de tantas páginas.

El fragmento que reproducimos es característico. La materia se prestaba al colorido y a la vivacidad: es la naturaleza entera la que asoma, estrenándose, en cada línea. Pero también Malón aprovecha la pintura para coronarla, con esa pincelada penetrante que es el misterio del ser humano, misterio de grandeza y de piedad, horizonte de posibilidades.

Después de criado el hombre, que fue lo último con que Dios alzó la obra, dice la Escritura: *Requievit Dominus ab universo opere, quod patrarat.*

Esto es; cuando Dios en el primer día hizo la luz, no quedaba del todo contento, y así el segundo día hizo el cielo estrellado; y puesto que le dio contento su belleza, como también se le había dado la luz, aún le faltaba algo para su regalo. Por eso al tercer día descubrió la tierra y poblóla de yerbas y plantas de árboles de fruta; parecióle bien a Dios, pero aun le quedaba lo mejor. Llega el cuarto día y cría esas dos lumbreras del cielo: el sol, que es fuente de luz, alegría del mundo, espejo purísimo y resplandeciente, ojo del cielo; y la luna, caudillo y princesa de las estrellas, para que el uno alumbre de día y la otra presidiese de noche las obras de los mortales. ¿Quién pensara que había más que desear, ni que quisiera Dios pasar más adelante, viendo aquella hermosura que tanto lleva tras sí los ojos? Pues aunque le pareció muy rebién a Dios, dice que no lo ha por eso; y al quinto día hinche esos senos del mar inmenso, de diversidad de pescados, que jueguen a su placer en las espaciosas aguas; y los ríos y estanques y fuentes manda que se pueblen de peces; cosa que, aunque la belleza del sol y la luna y estrellas es mucha, al fin no viven ni tienen actos vitales, como los peces, y por eso son más nobles. Manda también que, en ese mismo día, del agua se produzcan las aves para que con libre vuelo, rompiendo el delicado viento con las vagas alas, jueguen en el abierto cielo, y que con las doradas plumas, pintadas de mil colores, retocadas con los rayos del sol, hagan millares de vislumbres, apareciendo más hermosas de lo que son en su ser natural.

Ni aun aquí cansó la poderosa y liberal mano del gran Padre del cielo, y así, por no dejar la tierra más pobre y despoblada de lo que ha-

bía hecho al aire, manda que, el sexto día, salgan en nuevo ser todas las especies de animales, de que tan llenos vemos hoy los campos y los montes y toda la tierra, con tanta variedad de propiedades y condiciones, que lo más que de ellas sabemos es lo menos que ellas tienen. ¿Hay más que deseear, gran Dios? ¿Falta aún algo para vuestro contento? ¿Queda cosa que sea de vuestro gusto, que no esté ya hecha? Bien estáis en la cuenta; aún falta lo mejor y no ha llegado a su punto el descanso mío, dice Dios.

...Y esto es lo que dice la Escritura: *Igitur perfecti sunt coeli et terra et omnis ornatus eorum. Sed homo non erat, qui operaretur terram.* Acabó, dice Moysés, el Señor de dar perfección a los cielos, hinchándolos de ángeles; a la tierra, poblándola de animales; y crió todo lo que para el ornato y hermosura del cielo y tierra era menester. Pero no había criado al hombre que pudiese trabajar y labrar el paraíso. Mas no era cosa decente que Dios no pudiese tener otro nuevo hijo, siendo de poder infinito, ni le estaba bien a su gran sabiduría ni a su paterno amor.

Determinó, pues, el supremo Artífice que aquel a quien no se le podía dar alguna cosa nueva, le fuese común todo lo que a los demás animales les era propicio. Toma pues el hombre, que aún no tenía propia imagen y, puesto en medio, hablóle así: "Ni te damos cierto asiento, ni propio rostro, no don particular, porque la silla que conforme a tu albedrío y el rostro y los dones que tú te desearas y quisieres escoger, esos tengas. Todas las demás criaturas tienen limitadas leyes y naturalezas: a tí ninguna te estrecha. Por tu albedrío, en cuya mano te he puesto, has de hacerte ley; púsete en medio del mundo para que de allí mirases mejor lo que hay en él. Ni te hicimos celestial ni eterno, mortal ni inmortal; tú has de ser como árbitro y nuevo entallador de tí mismo. Podrás degenerar en las cosas inferiores, que son los brutos, y podrás transformarte en las superiores y divinas, según te pareciere". ¡Oh suma liberalidad del Padre celestial! ¡Oh admirable felicidad del hombre, a quien fue dado tener lo que desea, ser lo que quisiere!

Los brutos desde su nacimiento sacan consigo lo que han de ser; los ángeles, en siendo criados, se hallaron perfectos, y en esto no se gastó tiempo; mas en el hombre sembró todo linaje de semillas de virtud, y conforme a lo que cada uno labrase, aquello cogerá; si regalos del cuerpo, haráse planta que sólo se aumenta y crece; si las cosas sensuales, será bruto; si las racionales, saldrá animal celestial; si las cosas intelectuales amare, será ángel; y si con ninguna de estas suertes se contenta, si se volviese a su centro y se uniere con El, haráse un espíritu y endiosarse ha, porque quien se allega a Dios, hácese un espíritu con Dios. He aquí al hombre criado, y compuesto el mundo.

Tomado de «La conversión de la Magdalena», por fray PEDRO MALON DE CHAIDE, O. S. A. Edic. «Clásicos Castellanos», Madrid 1930; t. I, pp. 133-9. Introducción al texto de Fernau-do Toscano S. J.